

LXXI.

EL CONCILIO Y EL MOTETE.

Mistress Needle pasó aquella semana entre continuas vacilaciones, llantos internos y desolaciones secretas. Así se llegó al fin del estío. Después del almuerzo, la familia bajaba al jardín ó gozaba las auras frescas del crepúsculo, entreteniéndose en el salón del piso bajo, con las ventanas abiertas de par en par. La pobre napolitana ponía en tortura su mente para encender una chispa de vida en aquella conversación moribunda: hacía ruido con sus alumnas, llámabalas al piano, y ella misma cantaba.

Quedábase John inmóvil, contemplándola fijamente; pero se leía en su faz que su espíritu estaba en otra parte: su madre parecía de piedra cuando le miraba.

En una de aquellas tardes, contra la costumbre, guarbaba Julia silencio, arrellanada en su sillón de brazos cerca de una ventana, y ponía sus ojos en las estrellas. La señora se acercó y le dijo dulcemente:

—Bien veo, hermosa mía, que te hacemos morir de pena y de fastidio, por lo cual te retiras en el cielo....

—No, no, repuso Julia saltando con viveza; estoy toda con vos.... Pensaba empero en una solemnidad cuyo aniversario corre hoy.... la más grande de cuantas me han impresionado.

—¿De cuál hablas?

—¿No sabéis que hoy hace un año se cerró el concilio?

—¿Y tú lo viste? preguntó la protestante.

—Ciertamente que sí: la única vez que mi padre me sacó de Nápoles fué para concurrir á la sesión última.

—Debió ser un espectáculo maravilloso, dijo entonces el joven, saliendo de su distracción al oír la palabra *concilio*.

—Maravilloso sobre toda ponderación, respondió Julia con un gesto de estupor.

—¿Cómo? preguntó la Needle: ¿también las mujeres entraban en el concilio?

—¡Muy bien! A las sesiones públicas, en que intervenía el Papa, podían concurrir cuantos quisieran. Por lo que hace á mí, nunca olvidaré lo que ví aquel día.

—Verías un número muy grande de Obispos congregados; no puedo imaginar otra cosa.

Julia, enardeciéndose:—¡Era preciso verlo! Figuraos una de las capillas laterales de San Pedro, convertida en aula conciliar, es decir, en la sala más grande del mundo, más elevada, mejor construida y más adornada que se pueda ver con dos ojos. La riqueza y el arte competían. Hablaba todo á la vista y al corazón. Las paredes con sus pinturas hablaban de los más famosos concilios de la antigüedad; hablaban también con los retratos de los Pontífices y de los Doctores de la Iglesia, no menos que con los símbolos, con las inscripciones y con las frases evangélicas. Una de éstas, inscrita sobre la puerta de ingreso, revelaba la razón, el fin y la divina potestad de la noble asamblea: "Enseñad á todas las gentes; he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos." Tal era el teatro de aquel gran acto.

Alrededor de Julia se habían puesto las pequeñas, que oían con la boca abierta; su madre se interesaba en la relación como si estuviera en un coliseo, y el joven ponía sus ojos en Julia, cual si quisiese pesar todas sus palabras.

—Yo, seguía la napolitana, fuí á tomar sitio hora y media antes de tiempo, precisamente delante de aula conciliar, detrás de la hilera de los caballeros de Malta y de los guardias nobles que custodiaban el ingreso con la espada desnuda, por lo cual pude ver como lentamente se reunía el parlamento del mundo de Jesucristo. Todas las partes del universo católico enviaban sus diputados: Asia, América y Oceanía, no menos que Italia y Roma. Muchos eran más nobles y respetables por sus desvelos y sudores cerca de los infieles; á muchos había esclarecido no poco más la cárcel, las persecuciones sufridas y su confesión invicta del nombre del Redentor. Era muy linda seguramente á mis ojos la corona de más de quinientos príncipes de la Iglesia, sentados con dignidad en los escaños que corrían á lo largo de las paredes. Aquellos órdenes multiplicados de sacerdotes, entre los cuales no pocos viejos encanecidos, todos vestidos de pontifical y con cándida

mitra, hacían decir: “Aquí está la flor y la sabiduría de la Iglesia.” Los patriarcas de Oriente y de Occidente tenían sus sitios enfrente de la asamblea; era un encanto contemplarlos con sus capas majestuosas, variadas según el rito propio de cada iglesia; por último, en el lugar más selecto, estaba el senado pontificio, esto es, los Cardenales vestidos de púrpura, que formaban ala al trono del Pontífice. Este aparecía elevado algunas gradas, bajo un rico dosel, donde sentábase Pio IX, Vicario de Jesucristo. No podían saciarse los ojos de ver la majestad sublime de tan venerada reunión; después de haberla contemplado un poco, sentía nacer en mi pecho espontáneas plegarias y acciones de gracias por haber contemplado también por mí propia tanta grandeza en el mundo. El primer acto del Concilio fué solemnemente conducir al altar que surgía en medio el código de las divinas Escrituras.

—¡Menos mal! exclamó entonces la Nedle.

— Sí, replicó Julia; y con la mayor reverencia lo colocaron en un trono dispuesto sobre la mesa. Entonces toda la reunión se puso de rodillas y rogó secretamente, siguiendo después la oración pública, invo-

cándose con el canto la Trinidad santísima, Jesucristo fundador de la Iglesia, la Virgen María y los Santos del cielo: el Papa la concluyó con algunas oraciones dichas en alta voz, y bendiciendo, en calidad de Obispo de los Obispos, al episcopado reunido en la ilustre asamblea. Uno de los Cardenales cantó el Evangelio de San Mateo, allí donde Jesucristo designa á Pedro como piedra fundamental de la Iglesia. Os confieso que al oír aquellas palabras. *Tu es Petrus*, sentí que de nuevo se encendía en mi pecho la llama de la fe; miré la tumba de San Pedro, que cerca de mí estaba exaltándose mi fantasía como si viese al Príncipe de los Apóstoles sacar su cabeza de su sepulcro é inclinarse, á fin de oír las palabras de su Maestro.

—No lo dudo; aún ahora te exaltas, dijo la Needle.

Julia, sonriendo:—Tenía ciertamente motivo; aún ahora no recuerdo sin emoción el instante aquel en que Su Beatitud entonó el *Veni Creator* . . . .

—Es el *Come Holy Ghost*, añadió John, que aún en el *prayer book* anglicano se conserva (se guardó de añadir la palabra nuestro), y no se sabe por qué figura con el nombre latino *Veni Creator Spiritus*.

—Después de invocado el Espíritu Santo (prosiguió Julia), el Pontífice alargó á un Obispo, la Constitución que había de promulgarse. Había sido preparada con estudios inmensos en las precedentes sesiones secretas; toda se refiere á las prerogativas de la Iglesia y de su Jefe. Define que el Sucesor de San Pedro, al enseñar á toda la Iglesia las doctrinas de la fe y de la moral, es absolutamente infalible.

—Y vos, miss Julia, preguntó el joven, ¿oísteis la definición?

—La hubiese oído un sordo: hasta tal punto la pronunció con voz distinta, y con las sílabas contadas, el intrépido monseñor Valenziani, que Dios conserve muchos años. Entonces celebré de corazón haber aprendido un poco de latín, á fin de gozar por mí propia de aquella solemnísimá publicación de la verdad.

—¿Y después? preguntó John ansioso de reflexiones.

—Después siguió la definición dijo Julia.

—¿Cómo? ¿No era bastante que hubiese el Papa ordenado la promulgación.

—No por cierto: hacíala el Papa leer á fin de que los Padres del Concilio resolvieran, como jneces, sobre los dogmas conte-

nidos en la Escritura, En las sesiones precedentes se había hecho también votar cada parte de la Constitución; más aquellos votos eran de prueba, y no definitivos. El voto válido debía darse en la sesión pública. Así se hizo. Todos los Obispos fueron citados, uno tras otro, para que dijeran su propia resolución en alta voz, con la misma fórmula *Placet*, ó bien *Non placet*. En aquel inmenso teatro no se oía ni una respiración, sino el llamamiento de los nombres y la respuesta siempre uniforme. *Placet, Placet*. Sólo dos, de los quinientos treinta y cinco vocales presentes, respondieron *Non placet*, con gran emoción del pueblo y de las tribunas.

—¡Oh! ¿Fueron reputados herejes? preguntó John.

—¿Por qué? Usaban de su derecho, y resolvían según su conciencia; proponíase dar á entender su opinión de que no debía ser objeto de fé todo el contenido de la Bula, ó bien que no convenía definirlo.

—¿Y ahora se ven compelidos á creer como los demás?

—¿Quién lo duda? respondió la jóven; obligados, obligadísimos; realmente incontinenti después del decreto protestaron que se sometían á la verdad declarada.

—¡Admirable cosa! exclamó John.

—Sin duda; pero sumamente razonable cuando consta que la Iglesia es infalible. Oid el fin, más admirable todavía. Terminada la votación, se hizo el escrutinio, (ello era tan fácil, que lo hubiese también hecho yo) y notificóse al Pontífice la suma de los votos. Entónces Su Beatitud levantó su voz autorizada, pronunciando la fórmula, con la cual adheríase al voto del Concilio, y aprobada la común definición. ¡Qué momento aquel! Al oír las palabras: *Definimus et auctoritate apostolica confirmamus*, estalló una verdadera tempestad de aclamaciones, que ninguna lengua humana sabría describir. Gritábase *viva ¡Pío IX!* y *viva el Papa infalible!* en todos los idiomas del mundo, dominando á los gritos de las alabanzas el grito de la fé: ¡Creo, creo! Rogábase con las manos juntas, se rendían gracias á Dios con los brazos en cruz, se lloraba de gozo, y se batían palmas; ví yo venerables ancianos que agitaban la mitra con la mano, ébrios de indecible entusiasmo. Advertían la inmensidad y la eternidad de la obra que conducían á término feliz, la destrucción de los errores, la consolidación del Catolicismo y el triunfo de la verdad, que, definida por ellos una vez,

nadie nunca en la Iglesia podrá destruir hasta el fin del mundo, Los aplausos parecían imitar á las olas del Océano: se oían un rato, renovándose despues más vivos y prolongados. Era preciso verlo; cuanto se diga es poco. Para mayor hermosura, el pueblo rennido en tropel delante del aula y por toda la Basílica, no pudo contenerse y fué imposible impedir demostraciones semejantes de afecto y devoción. Jamás aquel vasiísimo templo vió semejante conmoción religiosa, ni oyó tan prolongado grito de *hosanna* á Dios. No bien se consiguió un poco de silencio, levántose Su Santidad y dijo algunas palabras, habiendo descendido de sus escaños, con el fin de oirlas, muchísimos Prelados, que circudaron el sacro sólic; incontinenti entonó el "Te Deum." Los cantores de la capilla pontificia debían proseguir el himno, alternando con los Padres del Concilio. Lo intentaron en verdad, pero vanamente, por que la reunión lo arrebató de su boca por ímpetu de devoción, á fin de cantarlo por sí mismo, y el pueblo, contestando en la Basílica con fragor de trueno, lo alternó con los Obispos hasta el fin. Rezó el Pontífice la plegaria con que cerraba la sesión y despedía también á los reunidos.

Respondiéronle *Amen*, con una nueva universal aclamación del concilio y del pueblo, que pareció agitar las bóvedas de la Basílica Vaticana. Al salir del aula los Obispos, y al mezclarse con la multitud, fueron, por decirlo así, robados por los fieles: estrechábase la gente á su alrededor, besándoles las manos y las vestiduras: era una congratulación, un gozo y una embriaguez celestial. Yo no sabía donde me hallaba: sólo recuerdo que de rodillas, con la frente apoyada en los balaustres que circundan el sepulcro de San Pedro, pasé quince minutos, en que me sentí tan profundamente católica como si hubiera estado en el Cenáculo de Jerusalén al descender el Espíritu Santo. Había visto, tocado y palpado á la Iglesia de Jesucristo . . . . . una, santa, católica, apostólica, al cabo de diez y nueve siglos, como el día en que Cristo la fundó sobre Pedro, cuyas cenizas tenía delante. ¿Podía yo negar á mis ojos que los quinientos cincuenta sucesores de los Apóstoles constituían una Iglesia apostólica, mayormente viéndolos unidos en espíritu al sucesor de San Pedro? ¿Qué les había conducido á padecer tantas fatigas en Roma sino el deseo de santificar á la Iglesia con la verdad y destruir el pecado

con leyes santas? Cada una de las doctrinas definidas en las sesiones del Concilio era un esfuerzo para poner en el trono á la virtud. Por otra parte, la unidad de la Iglesia y su catolicidad brillaban ante mis ojos como el sol de mediodía; porque los Padres protestaban unánimes que ningún dogma nuevo había en aquellas definiciones, sino solamente los antiguos y apostólicos vindicados de la oscuridad y de las cavilosidades modernas; para ello, habíanse reunido en un solo lugar, con su Jefe á la cabeza, y detrás trescientos millones de fieles de todas las patrias del mundo, formando un solo rebaño y también un solo corazón...

—¿No hubo ningún Obispo, discorde? preguntó John, que miraba más la parte doctrinal que la del entusiasmo.

—Sí respondió Julia; hubo una pequeña minoría, discorde mientras fué lícita la discordia. Pronunciado el decreto, los que primeramente lo abrazaron fueron los dos que lo impugnáran en el concilio, y después todos los demás. En todo el Episcopado, compuesto de más de mil, no se halló uno que dejara de doblar su inteligencia en obsequio de la fe definida: ¡ni uno solo!.

Esta palabra de Julia conmovió muchísimo el corazón de mistress Needle que, afectada ya profundamente por la narración extensa, no pudo contener esta leal confesión:—¡Fué indudablemente una bella cosa!—Y poco después, temiendo escandalizar á sus hijas, trató de oscurecer lo dicho, y de borrarlo todo con otras conversaciones:—No esperaba, Julia, que nos quisieras hacer un sermón tan largo; la sabes toda y la sabes contar. Sería mejor que tocásemos un poco, á fin de alegrar la tertulia...

Aún no había la señora concluido del todo estas palabras, cuando Julia, como si en efecto se hubiese hablado hasta entonces de música, se dirigió al piano, diciendo:—Teneis razón de sobra.—Levantó la tapa, hizo sonar sobre el teclado como un preludio vivacísimo, y exclamó.

—Vamos, cantemos; Clara, ¿qué cantaremos?

—Una "barcarola" napolitana, respondió la niña.

—No, dijo John, que no se curaba otras noches poco ni mucho de la música; no por cierto: esta noche vendrá de molde un motete sacro acerca del concilio.

— Justo, respondió Julia sonriendo: ¡las vísperas después del sermón! Para esto llamado al organista: ¿qué quereis que yo sepa de motetes?

—¿Tanto se necesita? replicó John empeñado en el motete: buscad un texto de la Biblia y ponedlo á vuestro placer en música.

—Hacedme, señor John, el favor de discurrir algo más factible, de lo contrario, no tocaremos esta noche.—

John, como si nada le hubiesen dicho, cogió el "Prayer book" que tenía cerca, para las oraciones de la noche, y recorriendo los salmos, leyó: "Los que se alejan de tí, perecerán, y tú condenarás al que busca otros amores fuera de tí." Esto se puede aplicar á la Iglesia, y corresponde perfectamente á vuestra historia del concilio.

—Por merced, respondió Julia, prescindamos de esto, y no tratemos en broma cuestiones serias.

—Pero . . . ¿qué cuestiones? No se trata de cuestión alguna.

—Hagamos una cosa mejor; apliquemos estas palabras á la Virgen. dijo Julia.

—¿De qué manera?

—Traducimos el texto en dos pequeñas estrofas italianas, las cantamos como una

canción marina, según quiere Clara, y todos contentos: ¿no es verdad, doña Ana?

—Haz lo que te parezca, respondió mistress Needle, que no había comprendido aún el intento del astuto John.

Habiéndose Julia hecho dar un pedazo de papel, se puso á escribir la traducción del versículo del salmo, como hacerlo solía otras veces para reanimar la lúgubre conversacion de la familia. Seguía el jóven con sus ojos los versos de Julia, que, después de no pocas enmiendas, escribió:

Quien, Virgen, te abandona,  
Es presa de la muerte:  
¡Oh qué terrible suerte  
Le aguarda al fenecer!

Levantando luego la pluma del papel:— Ahora, dijo, se requiere una conclusión, según el uso de los salmos, enalteciendo el primer sentido, ó formando antítesis.—

Después de meditar un poco, añadió:

Más cerca del Dios Hijo  
El que en la tierra te ama,  
Y Madre te proclama,  
Arriba te ha de ver.

John cogió el papel, diciendo después de leer y releer:

—No soy juez de los versos italianos; pero me parece una paráfrasis demasiado larga. . . . Además, no alude á la Iglesia.

—¡Qué paciencia necesito! respondió Julia: ¿qué importa la traducción ó la paráfrasis? Queremos dos estrofitas en versos cantables.

—Pero. . . . ¿qué os cuesta complacerme?

Julia, resignándose, volvió á escribir, y compuso estas estrofas:

Quien va contra la Esposa  
De Cristo en este suelo,  
Seguro que en el cielo,  
Al Padre no hallará.

El Juez en el gran día,  
Blando con los benditos,  
A sus hijos malditos  
Al fuego arrojará.

Apenas hubo leído John, añadió:

—Ahora está bien; ahora escucharé con placer los trinos. . . .

—¡Oh! ¿Qué Quereis trinar? respondió Julia. Un aire de barcarola es tan propio de estas líneas como una chupa de arlequín lo es de un magistrado. Aquí se ne-

cesita un tono dulce, melancólico, grave; algún pensamiento de Rossini. vamos. . . . la plegaria de Moisés.

—Sí, sí, la plegaria de Moisés, repitieron las niñas, que á fuerza de tocarla en el piano la sabían perfectamente.

—Bueno, dijo Julia, la plegaria, pero antes procurad comprender los versos ó inquirir la idea.

Y se puso á explicarla, comenzando por la Esposa de Cristo.

—Así, decía, llámase á la Iglesia en la divina Escritura; quien no la reconoce por Madre ó quien por malicia no se somete á Ella, como un hijo á la que le dió el sér, no puede aguardar que Dios le mire como siervo fiel.

De tal guisa expuso muy oportunamente el sentido de las estrofitas.

Mistress Needle, que hasta entonces habíase maravillado de la nueva fantasía musical metida en la cabeza de John, entendió ya que la antífona era para su persona. Si bien Julia habíase limitado á conceptos admitidos igualmente por católicos y anglicanos, no pudo dejar de sentirse mortificada por este aviso que había resuelto darle su John; pero disimuló. La joven entre tanto, después de una especie de sinfo-

habíala sorprendido en la exaltación de la música, después de la exaltación de la poesía y del vivo relato, en el que había puesto lo más vivo de su imaginación. Fué á manera de un parasismo nervioso, y perdiendo la tranquilidad, saltó impetuosa, cubrióse la faz y se fué á su estancia, diciendo:—Perdonadme; me siento desfallecer.

## LXXII.

## LA IRA DEL CORDERO.

Cuál quedaron en la sala por tan extraño incidente, no es posible describirlo. ¿Por qué aquel semblante, sereno siempre como el iris, que nunca veían encrespado por el menor soplo de la pasión, cubriase de repente con una nube tan tenebrosa? ¿Por qué aquel labio que de continuo sonreía torcíase por las convulsiones? ¿Por qué aquel enmudecer, aquel agitarse, aquel encenderse, aquel llanto tan impetuoso al par que abundante? Esto formaba un fenómeno extravagante, misterioso y terri-